El primer Unamuno y Cataluña

Y sostengo que todo español culto, sobre todo si a las letras se dedica, debe estudiar las literaturas portuguesa —y desde luego a la gallega— y catalana antes que la francesa o italiana.

Miguel de Unamuno, 1914

El lector encontrará en las líneas que siguen tres breves calas en una relación apasionante: el joven Unamuno y la Cataluña finisecular, concretamente la Barcelona modernista, aquella que fascinó a Rubén Darío, dando buena prueba de ello en su entrega a *La Nación* del primero de enero de 1899, puntualmente recogida en *España contemporánea.* Para exponer esta relación he tratado de seguir el hilo de la aventura intelectual de Miguel de Unamuno, cuyo talento excepcional fue precisamente mejor atendido en Barcelona que en otros lugares de aquella ramplona España de la crisis colonial. De este modo la obra maestra de la literatura de la crisis de fin de siglo, los ensayos *En torno al casticismo* encontraron una singular y entusiasta acogida en los medios barceloneses al poco de aparecer en *La España Moderna;* luego, se convertirían en el ideario del 98 y desde Valle Inclán a Martínez Ruiz vieron en ellos espuelas y acicates para sus diversas construcciones literarias. Unamuno, adalid del 98, recibió de Barcelona la atención que su personalidad y esfuerzo intelectual merecían.

I. Soler y Miquel y *En torno al casticismo*

El primer contacto de Unamuno con el mundo barcelonés y la cultura catalana debió ser efímero: los tres días que se detuvo en Barcelona cuando en 1889 se dirigía a visitar Francia e Italia. Poco sabemos de tan breve estancia, y es precisamente una de las cartas a Narcís Oller, que publicamos en la tercera parte de este artículo, el único documento que atestigua lo transitorio de la parada, constatando, además: «Y entonces a nadie conocí».[1]

Por entonces Unamuno no era sino un joven universitario que se ganaba la vida dando lecciones privadas y que ansiosamente buscaba «ganar con que traer a mi casa a mi pobre novia»,[2] según confesión a su amigo Pedro de Múgica. 1891 trae las soluciones: primero, su matrimonio al comenzar el año con Concepción Lizárraga y después las oposiciones a las cátedras de griego vacantes en las universidades de Salamanca y Granada. «Deseo salir —le escribe a Múgica— de estas lecciones que embrutecen y enmohecen e ir a una Universidad (Salamanca y Granada), allí tendré como base un sueldo

[1] *Carta de Miguel de Unamuno a Narcís Oller (17-I-1898).*

[2] Cartas inéditas de Miguel de Unamuno *(ed. Sergio Fernández Larrain). Madrid, ed. Rodas/Santiago de Chile, ed. Zig-zag, 1972; p. 89. La carta es del 6-V-1890.*

por hora y pico de lección, seré independiente de padres y maestros, explicaré a mi modo...»[3] Deseo cumplido, pues en competencia con Angel Ganivet es propuesto para la cátedra de griego de la Universidad de Salamanca al comenzar el mes de junio de 1891.

Salamanca posibilitará el fervor intelectual, el estudio, la lectura, la meditación, etc. Los meses salmantinos transcurren con el único paréntesis anual del veraneo vasco —el de 1893 le permitirá entrar en contacto con Oller que se detuvo en Bilbao camino de Burgos al regreso de su estancia santanderina—, y en ellos anidan sus gérmenes de notoriedad y la necesidad imperiosa de intervenir en la vida pública de un país alicaído y con un tono cultural aletargado en el que sólo voceros como Clarín o Galdós —también doña Emilia— mantenían la atención de los más jóvenes.

Con la altanería de ideas propia de un joven catedrático lanzado a la lectura de las primeras luces filosóficas del siglo, y con el desgarrón íntimo de la inquisición y de la duda, Unamuno asiste a la vida histórica finisecular decidido a demostrar su indiscutible talento intelectual. Si bien ya había publicado en *La lucha de clases* e incluso en *La España Moderna,* el aldabonazo inicial lo constituyen los cinco ensayos *En torno al casticismo* que aparecen entre febrero y junio de 1895 en las páginas de la prestigiosa revista de Lázaro Galdiano.

Poco o ningún eco despertarían de inmediato los excelentes ensayos en la prensa madrileña. Unamuno esperaba la respuesta de Leopoldo Alas, porque como le dice en epístola del 2 de octubre de 1895: «créame que... apenas encuentro media docena de personas (de las públicamente conocidas se entiende), cuyo juicio me parezca valedero, y entre ellas el de usted sea acaso el que más estime, por haber sido para mí (y se lo repito por ser verdad muy sentida) el literato y pensador español a quien debo más ideas y cabos de hilo».[5] Pero el largo artículo del autor de *La Regenta* a propósito de los ensayos de *La España Moderna,* cuyo rico fluir de ideas debía necesariamente haberle interesado, no llegó nunca, y tan sólo unas cuantas menciones aisladas cubrieron el expediente e incluso satisfacieron superficialmente —en el plano de la popularidad— a Unamuno, según se desprende de la carta del 20 de octubre de 1895 a Múgica: «Las cuatro o cinco menciones que Clarín ha hecho de mí y de mis trabajos me han sido muy beneficiosas».[6] No obstante, en el fondo, Unamuno echaba en falta un interlocutor de la talla de Clarín para dialogar desde el fondo del alma, con abierta sinceridad de la que, en cambio, parecía dudar o no acertaba a ver en el joven escritor vasco, el maestro asturiano.

[3] Cartas inéditas de Miguel de Unamuno, op. cit., *p. 128. Carta del 1-V-1891.*

[4] *No me refiero, como es natural, a las reseñas que suscitó su publicación en volumen en 1902, entre las que destacan las de Gómez de Baquero en* La España Moderna *y Ramiro de Maeztu en* La Lectura.

[5] *Menéndez Pelayo, M.; Unamuno, M.; Palacio Valdés, A.:* Epistolario a Clarín *(ed. Adolfo Alas). Madrid, Escorial, 1941; p. 61. Las relaciones entre Clarín y Unamuno han sido estudiadas por M. García Blanco: «Clarín y Unamuno».* Archivum, *II (1952), pp. 113-140; F. Meregalli:* Clarín e Unamuno. *Milán, La Goliárdica, 1956; A. Ramos Gascón: «Clarín y el primer Unamuno»,* Duquesne Hispanic Review, *X (1971), pp. 129-138; L. García Lorenzo: «De Clarín y Unamuno»,* Prohemio, *III (1972), pp. 467-72; e Y. Lissorgues: «Unamuno y Clarín: ¿una amistad frustrada?»,* Letras de Deusto, *XV (1985), pp. 87-101.*

[6] Cartas inéditas de Miguel de Unamuno, op. cit., *p. 212. Idéntica afirmación hace en una carta al propio Clarín (2-X-1895): «Ante todo le agradezco muy de lo hondo las menciones tan favorables que ha hecho de mí y de mis trabajos». (Menéndez Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés:* Epistolario a Clarín, op. cit., *p. 61.)*

La más entusiasta, a la vez que la primera, respuesta a los ensayos de *La España Moderna* vendría de Barcelona, fruto del recíproco descubrimiento entre Miguel de Unamuno y un grupo de escritores catalanes de pareja edad, vinculados al grupo modernista de la revista *L'Avenç,* ya desaparecida con el número de diciembre de 1893. Así lo confirma una carta sin fecha a Múgica en la que Unamuno escribe: «Mis relaciones con literatos han aumentado y *he descubierto* en Barcelona un grupo de jóvenes que me conocían y que hoy se cartean conmigo (Perés, Brossa, Soler, Casas-Carbó, etc.)».[7] Si bien desconocemos aún ese apasionante epistolario del que también da fe la primera carta de Unamuno a Oller que publicamos más adelante, me parece perfectamente probable que el interés mutuo de Unamuno y el grupo de *L'Avenç* se basa en un paralelismo en las ansias regeneradoras y modernas en las que vivían por esas fechas estos intelectuales que se aproximaban a anhelos radicales al margen de su propia clase social. Ciertamente, al joven Unamuno —definido en las coordenadas de su pensamiento político-social por el profesor Pérez de la Dehesa «como una lograda síntesis de la ideología socialista europea contemporánea y un íntimo contacto en la viva tradición social de nuestro país»—[8] le debió interesar desde su individualismo nunca desmentido la tarea de los intelectuales de *L'Avenç* que «pretenien d'emprar aquest art i la cultura en general en un intent de transformació radical de la societat catalana coetània i s'engatjaren fermanent en la lluita».[9] Las afinidades, que no es lugar aquí para perfilar, debían tener como base la denuncia de lo rutinario, atrasado y chabacano que rodeaba a la juventud peninsular aislada del camino del progreso. Si en el joven Unamuno es lugar común esta denuncia (los artículos de *La lucha de clases* son un buen exponente) también las personalidades más avanzadas de *L'Avenç* exponen similar credo, y buena prueba de ello son estas palabras de Brossa en el número 13-14 de la revista (1893): «La joventut catalana hauria de llençar el gep dels tradicionalismes i hauria d'emancipar-se de la imposició del passat. Sols tenint un gran culte a les idees pot suportar-se la tirania fatal del medi».[10]

Este interés recíproco que sin duda nace en uno de los sentidos de la publicación en *La España Moderna* de los cinco ensayos se vería acentuado por la colaboración de Unamuno en la revista barcelonesa *Ciencia Social,* revista mensual anarquista dirigida por Anselmo Lorenzo y en la que colaboran gentes de distinta cuerda política como

[7] Cartas inéditas a Miguel de Unamuno, op. cit., *p. 271. Tengo el convencimiento que la carta está escrita en el mes de abril de 1896. Dos razones: el conocimiento que Unamuno tiene del artículo de Soler y Miquel publicado en* La Vanguardia *el 14 de marzo, y la referencia que la propia carta contiene de sus colaboraciones en la revista* Ciencia Social: *«revista en que colaboro asiduamente (llevo publicados tres artículos en ella)». Para entonces ya había empezado la primavera de 1896. Y una aclaración más: según se desprende de las cartas de Fernández Oller, admistrador de* Ciencia Social, *a Unamuno, éste se carteaba con Brossa ya por los primeros días de 1896. La epístola que Fernández Oller cursa a Unamuno el 10-II-1896 comunica: «El amigo Brossa me dice que ha recibido una extensa carta de usted, y que es usted infatigable por lo bueno». Y la del 23-II-1896 dice: «Paso su nota a Brossa y demás amigos de* L'Avenç *y le escribirán» (D. Gómez Molleda:* El socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes del movimiento obrero a Unamuno). *Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980; pp. 329-30.*

[8] *R. Pérez de la Dehesa:* Política y sociedad en el primer Unamuno (1894-1904). *Barcelona, Ariel, 1973* [2], *p. 196.*

[9] *J. Ll. Marfany: «Pròleg» a J. Brossa:* Regeneracionisme i modernisme. *Barcelona, Edic. 62, 1969; p. 8.*

[10] *J. Brossa: «La joventut catalana d'ara».* Regeneracionisme i modernisme, op. cit., *p. 50.*

Gener, Dorado Montero, Brossa y Corominas. Unamuno publicó cuatro ensayos durante los primeros meses de 1896 hasta los sucesos del Corpus que desembocaron en el cierre de la revista.[11] Tanto del contenido de los artículos de Unamuno como de la correspondencia mantenida con el administrador de la revista, Fernández Oller, se desprende, de un lado, la escasa ortodoxia anarquista de las ideas unamunianas, y de otro la fascinación que el equipo de redactores de *Ciencia Social* sentía por el fluir intelectual de irrefutable fuerza y originalidad del autor de *En torno al casticismo,* porque, en el fondo, no era una cuestión de legitimidad de credos y filiaciones lo que les unía sino un quehacer común con vocación de cambios sociales y de renovaciones espirituales. Fernández Oller, que acaba de recibir el original de *La juventud intelectual,* le escribe el 31 de marzo de 1896: «Nos dijimos, en España es una lástima, la juventud sincera y de buena voluntad de la clase media ni tiene ideas ni manera de adquirirlas, y para una transformación social es necesario el concurso de gente instruida y de buena voluntad, pues a fundar una revista y abrir brecha: ancho campo, franqueza, empuje y aceptar y animar a cuantos amen la justicia por encima de todo. Tal es nuestro propósito y con toda el alma y fe trabajamos para que no sean vanos los esfuerzos que hacemos gustosísimos. Su carta última nos ha acabado de animar. Le estamos reconocidísimos. Su concurso determinará seguro un éxito muchísimo mayor del que ni habíamos soñado. Muchas gracias y sea todo en bien de la dignidad y felicidad humanas».[12] Carta de la que se infiere el enorme entusiasmo que los artículos unamunianos despertaban en los grupos regeneracionistas finiseculares.

Por otra parte, al compás de las colaboraciones en *Ciencia Social,* Unamuno, escritor ovíparo,[13] anda pergeñando dos novelas a la vez. *Paz en la guerra* y la nonata *Nuevo Mundo.* Armando Zubizarreta, que estudió minuciosa y magistralmente la historia de esta desconocida novela unamuniana,[14] puso de relieve cómo *Nuevo Mundo,* transformada después en *El reino del hombre* (precisamente el cambio de título se debió a una insinuación de Brossa), fue leída en el boceto manuscrito por los amigos barceloneses que juzgaron con ópticas diversas los diferentes aspectos de la novela: «El primero de mayo de 1896 Jaime Brossa escribía a don Miguel, diciéndole que había recibido su *Nuevo Mundo,* cuyo manuscrito probablemente le fue ofrecido antes, según se desprende de otra carta sin fecha. Promete en esta carta leerlo más despacio por segunda vez. Días más tarde, en carta del 26 de mayo —indudablemente de aquel año— le escribe diciéndole que un amigo suyo estaba leyendo la obra y que después la entregaría a Soler, Perés y Corominas».[15] Un nuevo dato para remarcar la intensidad de las relaciones entre Unamuno y el círculo de amigos catalanes.

[11] *Una excelente síntesis de la relación de Unamuno con* Ciencia Social *en R. Pérez de la Dehesa:* Política y sociedad en el primer Unamuno, op. cit.; *pp. 73-77. Conviene recordar además que Eduard Valentí sostiene en su excelente libro* El primer modernismo literario catalán y sus fundamentos ideológicos *(Barcelona, Ariel, 1973; p. 225) que la colaboración de Unamuno en* Ciencia Social *fue clave en la amistad entre el pensador vasco y Brossa.*

[12] *D. Gómez Molleda:* El socialismo español y los intelectuales, op. cit., *p. 333.*

[13] *Para una definición ver M. Unamuno: «Escritor ovíparo»* (Las Noticias, *19-IV-1902). Recogido en* Obras Completas, *Madrid, Afrodisio Aguado, 1958; t. X; pp. 106-109.*

[14] *A. Zubizarreta: «Desconocida novela de Unamuno:* Nuevo Mundo». Tras las huellas de Unamuno, *Madrid, Taurus, 1960; pp. 47-109.*

[15] *A. Zubizarreta:* Tras las huellas de Unamuno, op. cit., *p. 62.*

Ahora bien, fijadas ya las coordenadas generales de esta relación tan apasionante como reveladora de las insuficiencias de los métodos arcaicos con los que algunos pretenden analizar la historia literaria, hay que señalar que el punto central de esta relación en sus momentos iniciales —primeros meses de 1896— lo constituye el entusiasta artículo que Josep Soler y Miguel escribe en *La Vanguardia* el 14 de marzo de 1896 bajo el título de «Miguel de Unamuno», que como bien juzgó en su día el profesor Valentí, «es probablemente el primer escrito que llamó la atención del público de lengua española sobre la singularidad de este escritor».[16] Tal artículo confirmaba el impacto que el ideario unamuniano —ideario noventayochista antes del 98— expuesto en los ensayos de *La España Moderna* había causado en Barcelona y especialmente en las sensibilidades como Soler i Miquel que, amigo íntimo de Maragall, se había doctorado en Derecho con don Francisco Giner y había ingresado en *La Vanguardia* a instancias de Yxart y Sardá.[17] Pero también confirmaba el papel relevante que el periódico buscaba tener en un doble sentido: como adalid de la modernidad catalana —«convertir-se en la publicació de la nova burgesia de mentalitat més oberta i avançada que la que llegia el vell ''Brusi''»,[18] en palabras del profesor Castellanos— y como puente de las necesarias comunicaciones entre la cultura de la nueva intelectualidad castellana y el modernismo barcelonés.

El artículo de Soler y Miquel que a continuación reproducimos completo es, en realidad, una primera entrega de un proyecto más amplio de abordar el pensamiento de Unamuno que el abogado leridano nunca terminó, y cuya primera parte apareció en el tomo *Escritos de José Soler y Miquel* (1898) que contenía una serie de artículos reunidos por Joan Maragall tras el suicidio del escritor amigo en marzo de 1897.[19] El propio Unamuno en el interesante epistolario a Múgica subrayaba, en carta del 15 de septiembre del 98, la singularidad del asedio de Soler: «Hasta ahora sólo el difunto Soler y Miquel me dedicó un estudio (¡date pisto, pavo!), con mi nombre por título en *La Vanguardia* de Barcelona en dos artículos, el primero de los cuales se ha publicado en el libro *Escritos* de José Soler y Miquel, editado por sus amigos después del suicidio de éste».[20] La segunda parte, que permanecía olvidada, presenta en fogoso introito el primer acercamiento crítico a *En torno al casticismo,* prólogo a su vez de las interesantísimas primeras líneas que Perés dedicaría a los cinco ensayos cuando un año después publicase la crítica de la novela *Paz en la guerra* y que transcribimos como diáfano signo de la sorpresa, admiración y entusiasmo que el agitador de ideas y genial escritor

[16] *E. Valentí Fiol:* El primer modernismo literario catalán, op. cit., *p. 224.*

[17] *Para unos breves datos biográficos de Soler y Miquel puede verse el libro de E. Valentí Fiol:* El primer modernismo catalán, op. cit., *pp. 318-24. Me atengo a la opinión de J. Castellanos:* Raimon Casellas i el modernisme. *Barcelona, Curial/Abadía de Montserrat, 1983; tomo I, p. 34. Dice Castellanos en lo referente al ingreso de Soler en* La Vanguardia: *«Foren Yxart i Sardà, segons testimonia Narcís Oller, els que introduiren, a partir de 1888, la sèrie de col.laboradors que convertiren* La Vanguardia *que dirigia Modesto Sánchez Ortiz en el diari més incisiu del moment, des d'Ezequiel Boixet (''Juan Buscón'') a Santiago Rusiñol i Raimon Casellas i, probablement, Ramon Casas, Josep Soler i Miquel i altres.»*

[18] *J. Castellanos:* Raimon Casellas i el modernisme, op. cit., *t. I, p. 108.*

[19] *J. Soler y Miquel:* Escritos *(Prólogo de J. Maragall). Barcelona, Tip. L'Avenç, 1898. El artículo «Miguel de Unamuno» ocupa las páginas 73-77.*

[20] Cartas inéditas de Unamuno, op. cit., *p. 246.*

vasco desató en Barcelona y sobre todo en los círculos de *La Vanguardia*. Notaba certeramente Perés la radical originalidad que el vendaval de ideas que transitan los cinco ensayos había llevado al páramo anémico de las revistas españolas, a la par que enfatizaba sobre la función descubridora de la personalidad de Unamuno que dichos ensayos cumplen:

El nombre de don Miguel de Unamuno era completamente desconocido aquí entre los que escriben, cuando una serie de artículos publicados en la revista madrileña *La España Moderna* vino a darle notoriedad y a convertir en asunto de discusión la personalidad del que lo llevaba. Aquellos artículos no se parecían a la inmensa mayoría de los pobres y anodinos que suelen llenar las páginas de nuestras revistas, páramo en que los escasos viajeros que lo cruzan parece como si sintieran pereza de pensar y se hallan aquejados, en cambio, de un irrestañable flujo de palabras vacías... o a medio llenar, como globos mal hinchados. Cuantos tienen costumbre de leer trabajos de los que diariamente ven la luz en el extranjero (como si la riqueza de sus ideas no supusiera esfuerzo alguno) han sentido con pena la impresión de desaliento que produce el ojear muchos de los que dormitan sosegadamente en el seguro asilo de nuestras publicaciones. Hay, en aquéllos, como una continua congestión del cerebro; como una constante fosforescencia de las ideas que llegan a causar dolor en la retina: hay, aquí, con harta frecuencia, anemia, opacidad, y lo que sorprende es que salga por casualidad algún osado que venga a interrumpirlas sin temer a que le silben. Así hemos llegado a desear que alguien se atreva a decir algo distinto de lo que todos repiten, aunque su opinión difiera de la nuestra en todo o en parte. Lo importante es salir del marasmo en que nos hallamos sumidos, y que halla entre nosotros, como en otras partes, el mayor número posible de cerebros que piensen con radical originalidad. La discusión puede venir después, y así, al menos, se discutirá algo importante. Pues bien: los artículos del señor Unamuno eran como la avanzada exploradora de un hombre deseoso de decir mil cosas que le salen muy de dentro, que son como parte integrante de su naturaleza, y esta naturaleza dista precisamente de ser vulgar, insignificante. Irritó a unos su actitud; alegró a otros, por el contrario, y, sea como fuere, lo indudable es que allí se removían infinidad de ideas de las que se remueven en todas partes donde del choque entre ellas brota la luz, la vida intelectual, que, como el cuerpo, más gana con el traqueteo que con el sedentario reposo.

El señor Unamuno parece destinado a ser entre los escritores castellanos el agitador de aguas tranquilas y adormecidas. Todas las literaturas tienen los suyos, pero los de España suelen mostrar más propensión que él a irse por las ramas siguiendo en ello las aficiones del público para el cual escriben. El va más hondo; sin duda, más de lo estrictamente necesario, y bajo éste, como bajo otros aspectos, tiene menos de pensador español que de alemán o inglés. No es, pues, probable que llegue a ser nunca verdaderamente popular, porque la primera condición para serlo es parecerse del todo a la gran masa nacional en las cualidades y en los defectos; pero en cambio es muy posible que su personalidad llegue a ser una de esas que la jerga corriente semi-castellana llama con sugestiva candidez *de cuidado*. Si no lo fuera más que en literatura, cuestión sería de felicitarse sin reservas, porque muy necesitados estamos de personalidades tales; siéndolo, además, en otros terrenos, la tarea ya no es tan fácil ni puede juzgarse en globo, sino por partes, descendiendo a pormenores y distingos, aprobando aquí, separándose allá de la opinión del autor. No deseo entregarme a esta labor, y así prescindiré de ella en cuanto a continuación diga, mas como el señor Unamuno escribe sobre asuntos literarios y en forma bella y poética, considerándole exclusivamente como literato hablaré de él, con lo cual se ahorrará el lector que me siguiere no poco tiempo, atención y molestia y yo no me saldré de mis acostumbrados límites en *La Vanguardia*. [21]

De este modo *La Vanguardia* se convertía, en el período comprendido entre marzo del 96 y febrero del 97, en el vehículo divulgador de la naciente obra unamuniana —los ensayos de *La España Moderna* y *Paz en la guerra*— en Cataluña. Resulta pues comprensible el orgullo con que anunciaba a sus lectores el 15 de enero de 1897 la publica-

[21] *R. D. Peres:* «Paz en la guerra *por don Miguel de Unamuno*». La Vanguardia *(25-II-1897).*

ción de un pasaje de la novela: «Acaba de ponerse a la venta en las principales librerías de Madrid un libro notable, original de don Miguel de Unamuno. La obra del distinguido escritor presenta el cuadro completo de la última guerra civil, y es un estudio hondo y hecho con verdadera sinceridad, de la vida y costumbres del pueblo vascongado».[22]

No era Soler y Miquel un escritor de sobradas dotes para expresar el tumulto de ideas que los ensayos de Unamuno desarrollan. Juan Maragall advirtió bien tempranamente que «Soler cuando escribía balbuceaba porque siempre quería decir algo del fondo de las cosas, de su esencia»,[23] y, sin embargo, el asedio que publicó en *La Vanguardia,* aun alejándose de la crítica analítica y resultando un paradigmático ejemplo de la crítica impresionista —«en la crítica de Soler (escribía Maragall) lo que importa principalmente no es lo que la obra y el autor estudiados son en sí, sino la idea que el crítico se ha formado de ellos, en el sentido que le han sugerido»—,[24] descubre lo que estética y moralmente aportan a la literatura finisecular los cinco ensayos luego titulados *En torno al casticismo.* Lejos de un decadentismo que prescindiese de la vida, Soler y Miquel ve en los ensayos unamuniamos —que lee con insospechada lucidez—[25] varias características, que van desde el parentesco con el pensamiento de Costa en sus estudios del alma del pueblo aunque Unamuno emplee mayor fuerza y lirismo en la exposición, hasta la influencia de la figura y la obra de Carlyle en este inicial quehacer del pensador vasco,[26] pasando —y es el aspecto que considero clave— por la verdadera significación de los ensayos como la búsqueda de la tradición eterna, que es originalidad nativa y no singularidad, fuente de cualquier proyecto de sumergirse en la «atmósfera de cultura progresiva» y principio de europeísmo y modernidad.

J. Soler y Miquel: «Miguel de Unamuno». La Vanguardia (14-III-1896)

I

¿Quién es Unamuno? Un joven y un fuerte, un espíritu brioso y removedor que hinca en las realidades con notable potencia adivinadora, con una especie de facultad recons-

[22] La Vanguardia *(15-I-1897).*

[23] *J. Maragall: «Josep Soler y Miquel».* Obres Completes (Obra castellana) *(prólogo de P. Laín Entralgo). Barcelona, Selecta, 1981; p. 92.*

[24] *J. Maragall:* Obres Completes (Obra castellana), op. cit., *p. 93. También Maragall señala que el análisis del modernismo que los artículos de Soler y Miquel llevaban a cabo «respondía a los impulsos de su alma, y abarcó, confundida con la tendencia estética, la tendencia moral del espíritu moderno» (pp. 93-94).*

[25] *La misma lucidez de lectura se advierte en los artículos sobre los cuentos de Clarín publicados en* La Vanguardia *el 14-II-1895 y el 19-II-1896. Luego recogidos en J. Soler y Miquel:* Escritos, op. cit., *pp. 43-65.*

[26] *En carta a Múgica del 28-VII-1898, Unamuno escribe: «De las literaturas contemporáneas la que más me gusta es la inglesa, sobre todo en las direcciones que iniciaron Carlyle (mi favorito), Emerson y Ruskin»* (Cartas inéditas de Unamuno, op. cit., *p. 244). Para la influencia de Carlyle en Unamuno debe verse el espléndido trabajo de C. Clavería: «Unamuno y Carlyle».* Temas de Unamuno, *Madrid, Gredos (BRH), 1970; pp. 7-62. A guisa de resumen de esa influencia en el primer Unamuno me parecen certeras las palabras de M. Nozick* (Miguel de Unamuno. The agony of belief). *Princeton, University Press, 1982; p. 46: «Above all, Unamuno found in Carlyle confirmation of his conviction that men could be just and fair only if moved by higher insights and inspirations; as the enemy of logic-choppig, of dry-as-dust scholar-ship, of the* dismal science *of economics, Carlyle ratified Unamuno's position on the unifying power of the mysterious, the intractable, and the trascendental.»*

tructiva de ideas y conceptos hechos, al contraste de la propia impresión y experiencia, que le dan un singular valor y originalidad.

Su pensamiento, como incoercible, indómito, muchas veces vaga en un cierto desorden lírico... que tiene mucho de épico, porque *canta* cosas, cosas vistas, hechos vivos (como él diría) a la tun-tun (entendámonos) de la aparición rápida, afluyente, entrevista, de las ideas que al fijar su atención se le despiertan; al fijar una atención viva, penetrante y culta, sobre objetos que la excitan y agitan, por la humanidad y trascendencia que encierran. Es un investigador y observador ingenuo y ocurrente; aunque se trate de cosas que suponen preparación, reflexión y estudio, incautación y elaboración más o menos larga y sorda de elementos de juicio, de factores de adivinación o sea de afirmaciones *previas,* inmediatas, más o menos aventuradas, pero que traen consigo cierta fuerza convincente y luminosa.

Tal nos aparece al menos en esas páginas de «La España Moderna» sobre el *Casticismo,* páginas que producen un cierto efecto de sorpresa al encontrarlas en una revista española, y que son bastantes para constituir un libro... que podría ser bosquejo, y convendría que lo fuera, de otro mucho más extenso, con amplios desarrollos y abundancia de información evidenciadora. Es un estudio del alma de la raza castellana, de la *casta* dominante y derramante en España, de la que hasta por tiempo ha inhibido la conciencia histórica de las demás regiones, sólo comparable a los de Joaquín Costa sobre el *alma jurídica* del pueblo. Probablemente éste tiene más *seso,* tiene también más *sabiduría,* (la de Costa es asombrosa... a lo menos para la ignorancia de nuestra común medianía) pero no sé si tiene más fuerza de visión y adivinación. Verdad que Unamuno, al lado del macizo Costa, presenta una cierta *ligereza* juvenil, una abundancia y exhuberancia verdaderamente prolíficas.

Es bien difícil de encontrar entre nosotros páginas tan excitantes, tan *desgarradoras* de conceptos e ideas corrientes, para hacerlos estallar en claros de luz (y de luz nueva, que tiene de moderna y antigua, ya que es la misma y muy intensa para todas las cosas), como fuerte corriente eléctrica mental que aniquila y reemplaza con impulso total focos aislados de pequeñas ideas o de cerrados sistemas. ¡Qué hermoso desorden, qué simpática descompostura cuando coge y salta de aquí de allá, en incoherencia que no le asusta y él mismo denuncia, así para entrar en materia como para alumbrar los alrededores de la materia, él que se preocupa tanto del *nimbo* de las cosas, de su nexo y mediador plástico, y tema presentarlas escuetas, desgajadas y secas; él que nunca *concluye* demostrando, ni apenas mostrando, sino diciendo he tratado de indicar camino, de insinuar o sugestionar los motivos porque esto así me parece o aparece. Ahora (viene a añadir, implícita o explícita) cada uno hará lo que podrá, y verá lo que verá.

«Todo tiene entrañas», exclama..., «a través del amor llegamos a las cosas con nuestro ser propio, no con la mente tan sólo, las hacemos *prójimas,* y de aquí brota el arte, arte que vive en todo»... Sí, ya se ve, es uno de los que se podría decir que tiran a la comunicación *mística* con la realidad de las cosas, al conocimiento ferviente, que produce aquella singular, grande y fascinadora figura que se llama Carlyle. La influencia de éste es evidente, quizás dominante en Unamuno, en quien con cierta afinidad de temperamento se nota a veces una especie de sacudida honda que parece nerviosa por lo fuerte de la vibración, pero que es algo más persistente, sano y entero que *lo*

de los nervios. Llega a encontrar también aquel lenguaje en que uno mismo al expresarse parece que se deslumbra y vuelve loco de alegría, lenguaje de vidente, que supone una especial *escuela* de pensar. Ha habido absorción, deglución de cosas muy distintas; luego ha venido una rumia laboriosa; pero por fin la *masa* empieza a echar chispas por todas partes. De ahí el desorden encantador, infantil, pero de un niño que se sabe lo que se hace: bueno, ahora esto queda aquí; ya lo volveremos a tomar luego... esto parece que no tiene nada que ver, pero mucho que tiene que ver, es de lo... intrahistórico (u otra cosa así). Y la frase sale brillante cuando se acierta, o se ve el pensamiento retorciéndola y sojuzgándola cuando se muestra rebelde; la *expresión a lo poeta,* indómita, viva y directa... Sí, todo es arte, adivinación, intuición, visión viviente y armónica en lo más granado y luminoso del pensamiento.

Porque el estudio de la casta, del hecho concreto y lleno de historia, de cosa muerta, de «la tradición histórica», del petrificado de la casta, se hace bajo altas luces esplendentes, con ideas generales preñadas y fuertes: regionalismo y cosmopolitismo; centralización y *epanchement,* derramamiento loco del alma al exterior; mística y humanismo. Todas estas oposiciones compenetrándose y vigorizándose, completándose y fortaleciéndose, todo para ir en busca de la tradición eterna; para encontrarse en la originalidad nativa, originaria; no en la singularización; para redimir y curar la casta mísera del grupo cuasi *secado,* chapuzándole en pueblo, en el fondo constantemente pasmante, y europeizándole, sumergiéndole en atmósfera de cultura progresiva. Para resolver la dualidad de Quijote y Sancho, del idealismo intelectual cuasi extinto por la cabal locura de sus propios excesos, y del achatamiento ético incapaz hasta de admirar y entusiasmarse con el arranque del andante caballero; para resolver esa dualidad cuasi irreductible en la unidad de Alonso Quijano el Bueno, que muere sano, cuerdo y noble, con el alma serena pero siempre enamorada, siempre encarada a las altas empresas.

Pues tal ha de ser la *salida,* el desenlace ideal y la solución histórica del marasmo nacional presente; del actual estado de aplanamiento, agostamiento e inercia de la casta española. La genial inspiración de Cervantes así interpretada, es la inspiración a que se acoje, luminoso y entusiasta, el pensamiento de Unamuno; el pensamiento de quien, enfrente de tradicionalismos jeremíacos, considera el éxito hasta como una sanción y bendición de la realidad; y de quien reniega de formalismos secos y abstractos, porque estima que no hay verdadera comprensión de una cosa mientras no se alcanza el total desarrollo de su concepto, y que sólo la consecución del nimbo en las ideas es el síntoma de la visión de hechos vivos.

II

Trataré ahora de dar sucinta idea de esa serie de artículos publicados el año pasado en *La España Moderna.* Creo que vale la pena. Y que con un espíritu culto más despierto y activo que el que hay entre nosotros, hubiesen tenido ya cierta repercusión *escrita.* Porque como *hablada,* , más o menos ya la han tenido. A lo menos aquí no han pasado desapercibidos.

De raza española fisiológica nadie habla en serio; pero hay casta española más o menos en formación, porque hay castas y casticismo espirituales por encima de todas las braquicefalias y dolicocefalias habidas y por haber... Los pruritos de regionalismo, más

vivaces cada día, y que siente Castilla misma, son síntomas del proceso de españolización de España... son prodromos de la honda labor de unificación... que procede al compás de la diferenciación interna. Para ello hay que acabar con casticismos engañosos. En la literatura clásica siguen viviendo ideas hoy moribundas; mientras en el fondo intrahistórico del pueblo español viven las fuerzas que encarnaron en aquellas ideas y que pueden encarnar en otras.

Acentúase una corriente central entre los estadillos de la Reconquista, a medida que se acerca la Edad Moderna, la de la forja de las grandes nacionalidades, que como la pubertad ha traído las extenuaciones de la paz armada, aduanas y pseudo-casticismos... engendrándose el malestar del que empieza a resurgir potente el ideal humano, por ambos extremos, por el sentimiento individual y por el de solidaridad universal humana. La necesidad mayor, al iniciarse esa época era la de constituir una unidad frente a las otras que iban formándose.

Castilla, emporio de granos y centro natural (topográfico) de España, la región de espíritu a la vez más centralizador y expansivo, se puso a la cabeza de la monarquía y dio tono y espíritu a toda ella. Impuso su ideal de unidad saliéndose de sí misma, se echó a salvar almas por esos mundos de Dios y a saquear América para los flamencos, paralizó los centros reguladores de los demás pueblos de la Península, de los que brotaron espíritus tan hondamente castellanos como Ignacio de Loyola. Pero pretendió en vano ahogar «la barbarie septentrional» (como se llamó al Protestantismo, con frase bien *castiza)* y al renacer de otros espíritus: y al choque con la realidad externa que le había rechazado después de recibir señal y efecto de ella, *vuelve en sí* para recogerse y reconocerse en el espejo de sus obras, y con la austera gravedad de la madurez se percata de que la vida es sueño... Sí, su vida fue sueño espléndido en que se desató con generosa braveza, atropelló cuanto se le puso por delante... y se vio luego otra vez en la caverna, donde despierta de la misma manera que muere Alonso Quijano el Bueno, en el esplendor de su bondad, que es el fondo eterno y permanente de los héroes de Calderón, los que mejor revelan la manifestación histórica de aquel pueblo.

Y es que... ¡ancha es Castilla! Y ¡qué hermosa la tristeza reposada de su mar petrificado y lleno de cielo! Es un paisaje uniforme y monótono en sus contrastes de luz y sombra, en sus tintas disociadas y pobres en matices. No despierta sentimientos voluptuosos de alegría de vivir; no evoca su contemplación al animal que duerme en nosotros todos; no nos absorbe la naturaleza con sus exhuberancias en el paisaje monoteístico de aquel campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre, y en que siente en medio de la sequía de los campos, sequedades del alma. «Sólo Dios es Dios, la vida es sueño y que el sol no se ponga en mis dominios», se recuerda contemplando estas llanuras.

Y en sus poblados, reunidos en grupos de apiñadas viviendas (nunca diseminadas por el campo), distanciados por extensas y peladas soledades, vive una casta de complexión seca, dura y sarmentosa, una casta de hombres sobrios, hechos a las inclemencias del cielo y a las pobrezas de la vida, calmosos, graves, con la flema a veces de un rey destronado y la socarronería que constituye el castizo humorismo castellano, el humorismo grave que dictó los discursos de Marco Bruto, de Quevedo; y el especial humorismo burlón del bachiller Sansón Carrasco, que se bate caballerosamente con don Quijo-

te con toda la solemnidad que requiere el caso, y que acaba tomando en serio el juego.

Así el espíritu de esta casta, que hubo un tiempo que conmovió al mundo y le deslumbró con sus relámpagos, es también un espíritu cortante y seco, pobre en nimbos de ideas; generaliza sobre los hechos vistos en bruto, en serie discreta, en caleidoscopio, no sobre síntesis de un análisis de ellos, viéndolos en serie continua, en flujo vivo; y ha engendrado un realismo vulgar y tosco y un idealismo seco y formulario, que caminan juntos, asociados como don Quijote y Sancho, pero que nunca se funden en uno. Es socarrón o trágico, a las veces y a la vez, pero sin identificar la ironía y la austera tragedia humanas.

El teatro castellano, y sobre todo el de Calderón, es la cifra y compendio de los caracteres diferenciales y exclusivos del casticismo castellano; y como tal el *hecho* que Unamuno escoge como hilo central de sus reflexiones para mostrar la cualidad del espíritu castellano.

Otro día las seguiremos. Conste, entre tanto, que lo que llevo apuntado sobre ese estudio, en esta parte dedicada a su exposición, cuasi no he hecho más que empalmar frases entresacadas del mismo, de aquí y de allá; pero, naturalmente, de manera que resulte lo más fiel y viviente posible su sentido parcial y total.[27]

II. Una carta de Unamuno a Amadeo Vives

Dentro de los múltiples aspectos que presenta la relación del primer Unamuno con Cataluña, el episodio de las colaboraciones en *Ciencia Social* reviste —como reseñamos— especial interés. Al margen de la importancia de los ensayos que Unamuno dio a la luz en la revista de Anselmo Lorenzo, una de las consecuencias de esta colaboración fue la amistad que estableció con Pedro Corominas de la que un amplio epistolario da abundantes muestras.[28] Armando Zubizarreta ha estudiado con detalle esta amistad como base para una interpretación de la crisis unamuniana de 1897,[29] pero dejando a un lado las anécdotas del célebre proceso de Montjuich que contaba entre sus implicados a Corominas. De ellas se desprende la incesante actuación del catedrático de Salamanca para conseguir la libertad de su amigo, obtenida en las puertas del verano de 1897, tras casi un año de continuado forcejeo.

Al iluminar esta lucha contra la inculpación de Corominas —defendido en el Supremo por don Gumersindo de Azcárate— viene una carta de Unamuno a Amadeo Vives, fechada el 18 de noviembre de 1896, que contiene un buen número de noticias sobre las gestiones de Unamuno, a la par que nos descubre su creciente influencia en un círculo de relaciones cada vez más amplio, dejando en una respetable incógnita ciertas afirmaciones sobre la actuación unamuniana que parecen cuando menos exageradas. Dicha carta, escrita cuando los acontecimientos cubanos están adquiriendo unos tintes dra-

[27] *J. Soler y Miquel: «Miguel de Unamuno».* La Vanguardia *(14-III-1896). La segunda parte del artículo no había sido recogida nunca.*

[28] *Epistolario que se puede leer en J. Corominas: «Correspondance entre Miguel de Unamuno et Pere Corominas».* Bulletin Hispanique, *LXI (1959); pp. 386-436, y LXXII (1960); pp. 43-77.*

[29] *A. Zubizarreta: «Miguel de Unamuno y Pedro Corominas».* Tras las huellas de Unamuno, op. cit.; *pp. 153-195.*

máticos y la inoperancia del gobierno y del régimen parlamentario canovista es un secreto a voces, expone además la queja unamuniana sobre los recelos y antipatías que la ideología anarquista despertaba en el PSOE en un momento en el que él había iniciado el segundo período de colaboración en *La lucha de clases* y «mantenía que ningún socialismo debe expresar dogmas y lanzar excomuniones. Es la fe, y la constante y sincera preocupación por la cuestión social y la suerte de los desheredados, lo que marca al verdadero socialista».[30] Comenzaba así una colaboración que indicaría bien a las claras la lejanía del pensamiento unamuniano de las ortodoxias marxistas, mientras ahondaba en los postulados de *En torno al casticismo* y servía de preámbulo a la crisis intelectual y religiosa de 1897.

En efecto, aunque no fuese el motivo de la misiva al compositor y cofundador del Orfeó Català, el desahogo habitual de Unamuno en su correspondencia —únicamente esbozado en este caso— permite adivinar las inquietudes que llevaron al joven catedrático vasco al alejamiento definitivo del PSOE y a la adaptación de ciertos principios socialistas a su ideario expuesto en los cinco ensayos de *La España Moderna*. Es sintomático que la censura, privadamente comentada a Vives, de la estrechez de criterio de los socialistas del partido obrero, tenga como correlato cronológico afirmaciones como la que hace el 31 de octubre de 1896 en *La lucha de clases* a propósito del socialismo: «Su mayor signo de vida es la variedad de formas que adopta, la energía vigorosa que hace que esa gran corriente se pliegue a distintos estados de espíritu, permitiendo que cada cual la *entienda* a su manera. Lo importante es que la *sienta*, porque el sentir es lo que une y asocia a los hombres, hasta a los que no se creen unidos, y lo que da eficacia a su acción. Las ideas no hacen más que separarlos».[31] Unamuno, que por estas fechas afirmaba en diversas ocasiones la única filosofía viva como filosofía social, abría los márgenes de ésta más allá de cualquier dogmatismo de escuela, y la carta a Amadeo Vives es un eslabón más en la constatación de esta inflexión que le alejaría de una disciplina ya no profesada.

Sr. D. Amadeo Vives:

Estimado amigo (que por tal tengo a usted ya). Sabía que el amigo Corominas se hallaba preso, pero no sospechaba que fuese en tan mal camino su proceso. Es más, tenía ciertas buenas noticias, hasta de que le recomendaría Azcárraga. Figúrese, pues, si me habrá dolido lo que me dice respecto a la probable muerte del excelente amigo, a quien profesaba ya cariño con ser recientísima nuestra amistad.

Desde luego me pondré a trabajar por él y aprovechando mis relaciones intentaré sea recomendado a Cánovas, y aun le escribiría yo mismo, pues si bien no nos hemos saludado siquiera, sé que me conoce y hace aprecio y cuenta de ciertos de mis trabajos. Mas conozco y mantengo asidua correspondencia con personas que le tratan y a quienes oye. Procuraré también sea recomendado el infeliz amigo al general Azcárraga. Haré cuanto pueda y del resultado de mis gestiones daré a usted noticia. Sé que es de mi parte obra no sólo de amistad y de caridad, sino de estricta justicia.

Es terrible el estado a que nos ha traído el régimen de la mentira y de la ignorancia, la invasión del brutalismo patriotero. Y es lo peor que no puede decirse la verdad. Después que cesó

[30] *R. Pérez de la Dehesa:* Política y sociedad en el primer Unamuno, op. cit.; *p. 62.*

[31] *M. Unamuno: «Signo de vida»* (La lucha de clases, *31-X-1896).* Obras Completas *(ed. M. García Blanco y R. Pérez de la Dehesa). Madrid, Escelicer, 1971; t. IX; p. 654.*

«Ciencia Social» he intentado escribir con sinceridad cosas que me dictaba mi conciencia y a pesar de hacerlo en el tono de cierto reposo y tolerancia con que procuro decir la verdad, no he hallado sitio, ni aun en publicaciones que pasan por expansivas y de amplio criterio. Quise escribir contra la absurda ley de represión del anarquismo, votada por diputados que no tienen la menor idea de él, y no pude hacerlo. Por esto preparo un libro *(El reino del hombre)* en que diré por mi cuenta y riesgo lo que en publicaciones periódicas no admiten, a la vez que en «La lucha de clases», semanario socialista de Bilbao a cuya colaboración he vuelto.

Y eso que como órgano del llamado partido obrero, tiene estrecheces de criterio, dogmatismos de escuela y una irracional enemiga al anarquismo que nos cuesta dominar.

Si ustedes creen que con mi pluma puedo hacer algo por Corominas, que sería eficaz que escribiera yo algo (firmado, por supuesto) hablando del asunto, para publicarlo en «La Justicia» u otro periódico que me lo admitiera (en los de *más circulación* ni que pensar; tienen que defender la perra chica, y la *opinión pública* está brutalmente extraviada), lo haré. Me temo, sin embargo, que no sea contraproducente. Ustedes decidirán.

En el orden privado haré, lo repito, cuanto pueda. No creo obste el que esté tachado yo de anarquista platónico pues *a pesar de eso* me creen los zanguangos que así me motejan una buena persona, un iluso, un idealista sin sentido de la realidad. Relaciones tengo y creo que buenas.

Usted sabe que de hoy en adelante tendrá un verdadero amigo en su affmo.

Miguel de Unamuno

Salamanca, 18 de noviembre de 1896. [32]

III. Tres cartas de Unamuno a Narcís Oller

Entre el voluminoso epistolario de Narcís Oller conservado en el Archivo Histórico Municipal de Barcelona se encuentran las tres cartas que publicamos a continuación. Las cartas de Unamuno a Oller ponen punto final a esta breve revisión de las relaciones del primer Unamuno y Cataluña, que habrían de tener continuidad —no con el entusiasmo inicial, en el que el fervor entorpeció en ocasiones la lucidez del análisis— en el epistolario con Maragall y con Santiago Valentí Camp.

Las dos primeras cartas son de enero y febrero de 1898. Por entonces Unamuno había superado la honda crisis del 97 que le apartó de los entusiasmos exteriores, públicos, para adentrarle en el análisis de la mismidad y del misterio de la personalidad, siempre problemático, siempre trágico. Lejos de dogmas, alejado de concretas reivindicaciones sociales, los últimos dos años del siglo XIX responden a un análisis crítico del intelectualismo —y así escribe a Jiménez Ilundain: «¡Qué cosa más terrible es atravesar la estepa del intelectualismo, y encontrarse un día en que, como llamada y visita de advertencia, nos viene la imagen de la muerte y del total acabamientos!»—[33] y a una actitud de búsqueda de la libertad interior entendida como el desvelamiento del íntimo e irreductible yo, de la esencial mismidad —y en este sentido se expresa ante Martínez Ruiz, postulando la libertad «de desarrollar un hombre interior, el que se desenvuelve de dentro

[32] Carta inédita de Miguel de Unamuno a Amadeo Vives *(18-XI-1896). Este mismo mes de noviembre y en contestación a idénticas quejas sobre el dogmatismo del PSOE le escribe Valentín Hernández: «Creo también que hay en nuestro Partido algo de estrechez de miras y que tiene no poco de dogmático, aunque no tanto como usted se figura... Pero todo ello no es motivo suficiente para salirse del Partido. Ya se corregirá todo con el tiempo.» (D. Gómez Molleda:* El socialismo español y los intelectuales, op. cit.; *p. 131).*

[33] *H. Benítez: «El drama religioso de Unamuno. Cartas inéditas de Miguel de Unamuno y Pedro Jiménez Ilundain».* Revista de la Universidad de Buenos Aires, *n.º 7 (1948); p. 67. Carta del 3-I-1898.*

a fuera sin dejarse ahogar por el otro, por el que forman sobre nuestro núcleo espiritual las capas de acarreo que el mundo nos va depositando»—.[34] Naturalmente la primera carta a Oller contiene en síntesis esta problemática, mediante el procedimiento al que Unamuno era tan aficionado, el desahogo epistolar. Así pues el Unamuno que escribe a Oller es el que se ha decidido a reanudar su carrera literaria y que anda tejiendo ensayos de la envergadura de *Nicodemo el fariseo* o *La vida es sueño,* aunque sin desatender enteramente el pulso de la vida política española como atestiguan unos meses después —mediados del 98— sus artículos en *Vida Nueva.*

Oller, por su parte, está en el declive de su carrera literaria. Tal como ha escrito la profesora Tayadella: «La mort d'Yxart (1895) i de Sardà (1898) va agreujar la postració d'Oller en el moment en què havia d'encararse al repte més important de la seva vida com a escriptor: el de superar la crisi en què havia entrat el model literari realista-naturalista fins llavors vigent a Europa».[35] Unamuno había conocido a Oller durante la estancia de éste en Bilbao en el verano de 1893 con motivo del viaje de regreso a Barcelona tras estar en Santander, donde recibió el homenaje de Pereda. Eran aquéllos los momentos más brillantes de Oller, según el testimonio de sus *Memòries literàries,* en las que apenas tiene espacio el encuentro entre Unamuno y la excursión a Guernica. Es más, mientras Unamuno alude a la expedición a Guernica en las tres cartas con una no velada simpatía e incluso afirma «que fue usted quien primero me demostró aprecio, cuando yo aún nada había hecho a plena luz, y a consecuencia ello de un día de campo de íntima expansión y libre plática», Oller, en sus *Memòries,* recuerda como enfadoso y casi impertinente el afán de protagonismo del joven Unamuno. Aludiendo a la excursión a Guernica, escribe: «en la qual em sobrà un poc l'afany que mostrà de lluir ses gràcies de *xistós* inestroncable —contínuament provocades i celebrades per sos companys— l'avui tan admirat i enaltit pels nostres intel.lectuals de professió, rector de la Universitat de Salamanca, en la qual desempenyava una catèdra ja llavors, don Miguel de Unamuno».[36]

Creo, por lo tanto, que es Unamuno el responsable de esta breve —que sepamos— relación epistolar entre enero de 1898 y enero de 1899. Tal vez le moviese a ello la necesidad de darse a conocer como escritor, necesidad que a juzgar por alguna de las confesiones de su epistolario le cuesta notables esfuerzos. Tal vez el entusiasmo despertado por su novela *Paz en la guerra,* confirmando el inicial de los ensayos de *La España Moderna,* en los círculos barceloneses básicamente modernistas le lleve a buscar el cariño y el respeto de la gran figura del novelista catalán. Y acaso también contribuyese la nonata iniciativa unamuniana de descubrir el alma catalana debajo de la literatura al modo de los ensayos *En torno al casticismo,* llevándole a interesarse por la literatura catalana del momento, como prueban las reseñas de los poemas de Guanyabens en *La Epoca* o del libro *Oracions* de Rusiñol en las páginas de este mismo periódico en los

[34] *J. Martínez Ruiz: «Charivari en casa de Unamuno»* (La Campaña, *26-II-1898). Cito por* Artículos olvidados de José Martínez Ruiz *(ed. José M. Valverde). Madrid, Narcea, 1972; p. 142.*

[35] *A. Tayadella: «Narcís Oller y el naturalisme», en M. Riquer, A. Comas i J. Molas:* Història de la literatura catalana. *Barcelona, Ariel, 1986; t. VII; p. 629.*

[36] *N. Oller:* Memòries literàries *(pròleg de Gaziel). Barcelona, Aedos, 1962; p. 184.*

primeros días del año 98. Interés confirmado por la misma reseña que desde *La Vida Literaria* (11-II-1899) dedica a *La bogeria* de Oller, reseña anunciada al propio autor en la última carta que publicamos —la de enero de 1899—.

El epistolario de Unamuno con Oller alumbra, además del final de la crisis del 97 y del cambio de apetencias en el quehacer intelectual de don Miguel, convertido ahora en antesala de los *Tres ensayos* (1900), tal como descubren tantos textos unamunianos y la postulación que hace al reseñar *Alades:* «Buscar lo vivo de lo universal y eterno buscando en lo particular y presente»,[37] y que no hay que ver como una ruptura con su obra anterior sino como una prolongación en la que se han agudizado algunos supuestos idealistas de *En torno al casticismo,* el fervor que despiertan en el ánimo anhelante e inquisidor de Unamuno algunas figuras de las letras catalanas, el desprecio por la cerrazón intelectual de ciertos medios culturales madrileños, las disquisiciones en torno a la poética de la novela y asuntos familiares de variada índole, de los que adquiere importancia dadas las varias alusiones del epistolario unamuniano a diversos corresponsales, el relacionado con el «pro pane-lucrando», acuciado sin duda por el incremento de la familia.[38]

Decía, no obstante, que además del Unamuno familiar y del íntimo —la primera carta es un desahogo entreverado de noticias varias, al modo de la conocida carta a Leopoldo Alas—, el epistolario con Oller trata de algunas cuestiones de especial importancia. En primer lugar, y como se desprende de la carta del 6 de febrero del 98, tanto Oller como Unamuno están de acuerdo en lo rebuscadas y extravagantes que resultan las formas de la nueva generación modernista y decadentista. Oller seguramente le había confesado su cansancio ante el exclusivismo y las extravagancias del modernismo barcelonés; Unamuno, en evidente relación con lo escrito por Oller, acepta los reproches del autor de *La febre d'or* a los jóvenes escritores catalanes, pero —y citando un artículo que con la excusa de la publicación de *Oracions* de Rusiñol había remitido a *La Epoca*— se muestra cauto en la condena total del modernismo, porque ve en los nuevos escritores factores de actividad espiritual que el empantamiento madrileño no posee. Unamuno sintetiza en la carta a Oller un pensamiento varias veces expuesto en este momento de su andadura intelectual. La vida y la cultura española padecen agarbanzamiento agudo, sin actividad espiritual, sin ideales y sin circulación de ideas, y tal había sido su formulación en marzo del 96 en *Ciencia Social,* precisamente recordada en dicha carta a Oller:

¡Qué idílico concierto! Ahí está, ¡es el pantano nacional!, de aguas estancadas anidadoras de intermitentes palúdicas que sumen en dulce perlesía las almas de nuestra juventud! En sus orillas cantan, mientras nuestro sol les calienta los cascos fríos, las viejas ranas, y en la charca juguetean los renacuajos buscando cebo y esperando les crezcan las patas y se les borre el rabo. El coro es delicioso y acompasado. Al menor ruido extraño saltan las ranas de las márgenes al charco, sintiéndose en éste seguras. Y no hay nada como la charca nacional con sus viejas ranas y

[37] *M. Unamuno:* «Alades *de E. Guanyabens*» (La Epoca, *31-I-1898).* Obras Completas. *Madrid, Escelicer, 1966; t. III; p. 1284.*

[38] *Idéntica razón a la que expone a Oller, en la carta del 25-I-1899, se puede leer en el epistolario a Múgica. En carta del 28-XII-1898 le escribe: «Estoy con mi programa de filología hispano-latina. Aunque no me atrae Madrid, tengo* 4 hijos in actu, uno in fieri y uno in potencia.» (Cartas inéditas de Unamuno, op. cit.; *p. 252).*

sus renacuajos clasificados en orden jerárquico, según el tamaño del rabo. De lo que pasa fuera, ¿qué les importa? De cuando en cuando se refleja en la superficie serena del pantano alguna ave libre que cruza el cielo cantando a la libertad, al aire abierto y a la luz, pero no tienen más que dar un salto al agua y la imagen perturbadora se turba, y con graznar algo más fuerte se apagan los ecos vibrantes que bajan de las alturas.[39]

Está atravesando la cultura y la literatura española un período de tránsito —dirá meses después— y en tales períodos es más positivo el tanteo y la búsqueda que el empantanamiento y la reacción:

Lo nocivo es el instinto de estancamiento de los bien hallados con lo que les rodea, y en literatura lo más dañoso para todo progreso es el espíritu de los que sólo buscan deleite pasivo, sin ansia por nuevos goces, aunque sea a coste de esfuerzos, y el de aquéllos que reducen el arte a amena distracción y a elegante tejemaneje de sutilezas y discreteos o a la habilidad de vestir de toda gala y de adornar con gracia metos lugares comunes de primero, segundo o enésimo grado.[40]

De lo cual se desprende que, aun a costa de ciertos delirios y de alguna fiebre que lleva consigo el modernismo, sea necesaria la extravagancia de los jóvenes porque aportan excitación y actividad al empantanado ambiente:

Las obras decadentes, por el contrario, aquéllas en que es más lo que se quiere decir que lo que en realidad se dice; aquéllas en que abundan ya larvas, ya abortos de ideas, nos excitan y cosquillean, son más sugestivas, dejan más campo al lector, le espolean la actividad espiritual.[41]

Y todo ello sin menoscabar sus preferencias por lo clásico frente a la decadencia, que luego a su vez derivará en un nuevo empantanamiento, y así será sancionado en *¡Adentro!* (1900), en correspondencia con lo que anticipaban ensayos como *Literatismo,* en el que escribía:

Por mediación del hombre, la naturaleza camina al arte y éste a aquélla; el arte se hace naturaleza humana, nuestra, interior, médula de nuestro espíritu, naturaleza *en* nosotros, espontaneizándose lo reflejo, y a la vez la naturaleza se hace *por* nosotros arte, lo espontáneo se refleja en ella.

La suprema obra artística del hombre es el mundo mismo; su vida debe ser la suprema realización de belleza.[42]

Unamuno —y la luz de las tres cartas a Oller nos ayuda a verificarlo— aceptaba de buen grado la dosis de rareza y extravagancia que podía llevar consigo el modernismo barcelonés porque veía en él una alternativa regeneradora del estancamiento y cerrazón que presidían las inacciones culturales de otros puntos de España. Aceptando las imágenes de su artículo de *La Epoca* (16-I-1898), había que pasar por la fiebre para que el organismo sanase, o había que llevar a término la fermentación a fin de que el vino fuese posible, y además reconociendo que «la fermentación produce detritus, que cuando

[39] *M. Unamuno: «La juventud* intelectual *española»* (Ciencia Social, *III-1896).* Obras Completas, op. cit.; *t. I, p. 987.*

[40] *M. Unamuno:* «Oracions *por Santiago Rusiñol»* (La Epoca, *16-I-1898).* Obras Completas, op. cit.; *t. III, p. 1289.*

[41] *M. Unamuno:* «Oracions *por Santiago Rusiñol».* Obras Completas, op. cit.; *t. III, p. 1289.*

[42] *M. Unamuno: «Literatismo»* (La Revista Blanca, *1-VII-1898).* Obras Completas, op. cit.; *t. IX, p. 763.*

menos, sirven de abono».[43] Meses después y cuando ya había publicado *Tres ensayos,* el inicial entusiasmo y la generosa comprensión habían disminuido muchos enteros, y así se lo confiesa a Santiago Valentí Camp: «Del movimiento catalán estoy desde hace algún tiempo ignorante. He perdido mucho de mi primer entusiasmo respecto a él. Creo que me hice ilusiones acerca de la vida intelectual barcelonesa, suponiéndola más intensa y fuerte que en Madrid».[44] A partir de este momento se inicia, no obstante, un nuevo capítulo en las relaciones entre Unamuno y Cataluña que tiene dos vías de acceso imprescindibles: el epistolario con Maragall y con Santiago Valentí Camp.

La segunda glosa a la breve correspondencia unamuniana con Oller atiende a la poética de la novela. En la carta del 6 de febrero del 98 Unamuno afirma tener mucho que escribir acerca de su modo de ver la novela, y sostiene que a medida que la novela se hace más documentada, más histórica, la historia se hace más novelesca, señalando a Taine y Zola como defensores de este proceso que su *Paz en la guerra* ejemplifica. Algo de aquello que tenía que escribir sobre la novela aparece reflejado en el trabajo «Notas sobre el determinismo en la novela» que dio a la luz en *La Revista Blanca* en el otoño del 98. Sostiene Unamuno que la novela histórica y la historia novelada convergen fundidas, enseñándonos la intrahistoria, la vida intrahistórica, en la forma por él mismo propuesta en 1895. Y desde este enclave valora el naturalismo como un gran progreso[45] en el sentido de que tal doctrina estética ha traído el cuidado de la documentación y, en consecuencia, la novela naturalista tiene en lo más hondo de ella «ser novela *histórica,* en el más recto y profundo sentido de esta denominación».[46] Con insuperable lucidez el gran maestro vasco —que había fijado en *En torno al casticismo* como ideal artístico la búsqueda de la intrahistoria— comprueba que se puede acceder a la realidad honda y verdadera de lo histórico desde el método experimental, soslayando su exclusivismo y sus determinismos, fundiendo lo psicológico con lo sociológico, descubriéndonos la intrahistoria. De ahí que afirmase:

Cuando una historia, sin dejar de serlo en todo rigor, produzca el efecto estético de una novela, será cuando a la realidad, que es algo externo, se haya unido la verdad, que es interna, a lo pasajero lo permanente. Entonces nos acercaremos a ver la íntima identidad de la verdad y de la belleza, y a la comprensión de cómo es ésta el resplandor de aquélla. A tales principios pretendí ajustar, en la medida de mis fuerzas, mi novela *Paz en la guerra,* cuyos principales

[43] *M. Unamuno:* «Oracions *por Santiago Rusiñol».* Obras Completas, op. cit.; *t. III, p. 1290.*

[44] *M. Unamuno:* Carta inédita a Santiago Valentí Camp *(11-VIII-1900). No recogida en el volumen de J. Tarín Iglesias:* Unamuno y sus amigos catalanes *(Barcelona, Peñíscola, 1966), en el que se agrupan una serie de cartas de Unamuno a Valentí Camp. Espero en venidera ocasión analizar dicho epistolario.*

[45] *Aunque brevemente, quiero apuntar que Unamuno ve en las novelas naturalistas de Zola graves contratiempos, sobre todo en lo referente a la creación de personajes. Así en 1898, escribe: «Más de una vez ha echado en cara Zola al arte antiguo que operara no con personas sino con personificaciones, y que al presentarnos un avaro no hiciese más que sacar a escena la Avaricia vestida de hombre. No es mucho lo que él ha progresado en este respecto. Su Coupeau no es la borrachera, pero sí el borracho tipo, sacado de monografías de patología más que de la realidad misma.» (M. Unamuno: «Notas sobre el determinismo en la novela»* La Revista Blanca, *15-XI-1898).* Obras Completas, op. cit.; *t. IX, p. 771). Y en lo mismo insiste en 1903: «los tales personajes son abstracciones, aunque lo sean de otro grado que las antiguas» (M. Unamuno: «La novela contemporánea y el movimiento social»* La Revista Blanca, *15-III-1903).* Obras Completas, op. cit.; *t. IX, p. 847). Ambos artículos en su conjunto dan la posición de Unamuno sobre el naturalismo de escuela.*

[46] *M. Unamuno: «Notas sobre el determinismo en la novela».* Obras Completas, op. cit.; *t. IX, p. 772.*

defectos brotan sin duda de este empeño reflexivo que la presidió. Quise fundir, y no yuxtaponer, lo histórico y lo novelesco, contar una historia por dentro y encajar una ficción en un exterior rigurosamente documentado.[47]

Y es que, en el fondo, la novela se le aparecía a Unamuno a la altura de fin de siglo como la fusión artística de lo histórico y lo intrahistórico, propuesta a la que se quiso ajustar *Paz en la guerra.*

La valoración que del naturalismo hace el Unamuno finisecular —valoración que desecha la creación de caracteres, el concepto mezquino de lo verosímil y el patologismo novelesco, y afirma, en cambio, el gran cuidado de la documentación y la pintura de situaciones— quiere mayor precisión desde estas cartas porque en ellas —la del 25 de enero del 99, sobre todo— se mencionan las características del quehacer novelístico de Oller, a quien llama ya en el 98 «verdadero maestro de la novela» que en sus obras da continuamente «pedazos de la realidad palpitante». *La bogeria* le parece a Unamuno perfecta muestra del realismo del escritor catalán y al anotar sus cualidades (que son las mismas en la carta del 25 de enero que en la reseña aparecida en *La Vida Literaria* el 11 de febrero) no duda en afirmar que: «la manera de ver y hacer de Zola, su realismo, son muy parecidos a los de Oller».[48]

Interesado por la novelística de Oller, por su forma de hacer novela en la órbita del naturalismo, Unamuno deja también claro que lo específico de la doctrina zolesca —lo que él llama «la aplicación a la novela del determinismo psicológico»—[49] no le interesa, e incluso cree que ha fracasado, si bien ha aportado progresos indudables en el terreno de la documentación, en el camino hacia la verdadera y honda novela histórica, lugar en el que quería situar a *Paz en la guerra* y su recién nacida trayectoria en un género que según propia calificación era «la forma de arte más libre y flexible».[50] Las cartas a Oller que cierran estas breves notas sobre el joven Unamuno y Cataluña corraboran, por último, el gran interés del escritor vasco por la cultura catalana y confirman además el entusiasmo que sus iniciales publicaciones despertaron en Barcelona, como ya decía a Arzadun el 30 de octubre del 97 a propósito de la crítica de *Paz en la guerra* aparecida en *El Diluvio,* «que es donde tengo más público».[51] Y le recontaba en apasionado desahogo a Clarín el 9 de mayo de 1900: «Unamuno ganaba público en España (singularmente en Cataluña)».[52] Aunque el propósito varias veces aludido —la carta a Oller del 17 de enero del 98 es buena prueba— de escribir un estudio acerca de la literatura catalana contemporánea, que analizase el alma del país por debajo de la costra de elementos pegadizos, no lo llevó a cabo, lo cierto es que su atención por las figuras de Oller, Yxart, Verdaguer, Guimerá, Rusiñol, Maragall, Guanyabens, etc., pone de manifiesto el aserto con el que Unamuno cerraba su reseña crítica de *La bogeria:*

[47] *M. Unamuno: «Notas sobre el determinismo en la novela».* Obras Completas, op. cit.; *t. IX, pp. 772-3.*

[48] *M. Unamuno:* «La Bogeria *por Narciso Oller»,* (La Vida Literaria, *11-II-1899).* Obras Completas, op. cit.; *t. III, p. 1294.*

[49] *M. Unamuno: «Notas sobre el determinismo en la novela».* Obras Completas, op. cit.; *t. IX, p. 773.*

[50] *M. Unamuno: «La novela contemporánea y el movimiento social».* Obras Completas, op. cit.; *t. IX, pp. 850-1.*

[51] *«Cartas de Miguel de Unamuno».* Sur *(IX, 1944); p. 58. La carta es del 30-X-1897.*

[52] *Menéndez Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés:* Epistolario a Clarín, op. cit., *p. 89.*

«la literatura catalana contemporánea, una de las manifestaciones más briosas y más fructíferas del espíritu de nuestra patria, tan decaído en este fin de siglo».[53]

I

Sr. D. Narciso Oller

Mi muy distinguido amigo: Hace tiempo que deseaba escribir a usted para saludarle, así como a su hija, y darle una muestra de que no he vuelto a olvidarles desde aquella gratísima expedición a Guernica, en compañía de amigos, dos de los cuales han muerto ya. Les he recordado muchas veces y muchas veces me he recreado con la memoria de aquella comida en Cortezubi. La tarjeta que en contestación a la mía me ha remitido usted me decide a llevar a cabo mi propósito.

No sé, en verdad, que pueda haber en el espíritu catalán que me le haga tan atractivo. Alguna relación hay, sin duda, entre mi constitución espiritual y la dominante ahí, porque es el caso que es en Cataluña donde más eco y efecto han logrado mis trabajos, y son catalanes los más de aquellos que espontáneamente se han puesto en comunicación conmigo, movidos por comunidad de ideas y sentimientos. Usted sabe muy bien la idea corriente en España acerca del carácter catalán. Contraria a ella es mi experiencia, pues mientras mis relaciones en Madrid las debo a una serie de presentaciones, logradas en mis viajes, sin haber estado ahí más que de paso en 1889 (y entonces a nadie conocí) se me han dirigido espontáneamente varios entusiastas por cosas de arte y de progreso, y hoy cuento con amigos, comos los Sres. Perés, Brossa, Gener, Jordà, Moliné, Guanyabens, Pérez Jorba, Casas Carbó y otros. Donde más críticas y más detenidas y favorables se han publicado de mi novela *Paz en la guerra* (de que haré le envíen un ejemplar) es ahí, en Barcelona, y de ahí es de donde más alientos he recibido. ¡Y luego se hablará de lo reconcentrado del carácter catalán! Lo que hace falta es tener cosas dentro, que ellas crecerán, se hincharán y redundarán del espíritu. Del *trop plein* de energía brota el entusiasmo.

Cuando pienso en ese acorde simpático que han hallado ahí mis labores y esfuerzos, ocúrreseme que fué usted quien primero me demostró aprecio, cuando yo aún nada había hecho a plena luz, y a consecuencia ello de un día de campo de íntima expansión y libre plática.

Por mi parte cada día me interesa más la literatura catalana actual y me propongo hacer acerca de ella un trabajo lo más detenido y concentrado que pueda, trabajo que como mis artículos *En torno al casticismo* (que verán pronto la luz en tomo) se publicarán en *La España Moderna.*

Quiero ver el alma catalana debajo de su literatura, rompiendo la costra de elementos pegadizos, penetrando a través de la influencia castellana en unos, de la última *pose* francesa en otros, y en claro en los que diáfanamente la reflejan. Cuando me ponga a ordenar, clasificar y elaborar las notas que tengo, me ocurrirá más de una vez tener

[53] *M. Unamuno:* «La Bogeria *por Narciso Oller*». Obras Completas, op. cit., *p. 1295.*

que acudir a usted en busca de su opinión y consejo. También quisiera, antes de dar la última mano al trabajo, visitar ese país, que sólo de paso ví cuando iba a Italia.

Veo con pena que está usted desde hace tiempo como dormido o en descanso, por lo menos para el público. Es una lástima.

Por mi parte, ¡cuántas y cuántas cosas no me han sucedido desde que nos conocimos en aquella gira por mi Vizcaya! He venido a dar a este viejo ciudadón castellano, donde me encuentro como el pez en el agua, gozando de una vida de tanto más íntimo movimiento cuanta más serena superficie.

Aquí, sin olvidar mis montañas, he cobrado cariño a la austera gravedad de esta reposada estepa castellana, tan llena de luz y de tristeza, a este páramo que es como una psalmodia de órganos, llena de íntimos matices dentro de la compacta monotonía que la envuelve. Aquí, encontrándome cara a cara de mí mismo, en esta tierra de Santa Teresa y de los vigorosos místicos castellanos, se me ha despertado lo que en mi alma vasca hay de aquel nuestro típico Iñigo de Loyola (el legítimo, el primitivo, no el desfigurado por la leyenda jesuítica) y he vuelto sobre todo a sentir con la sencillez de hace años y apagar la sed que el intelectualismo da, en el manantial oculto de lo más recóndito del espíritu. Ha habido un momento en que secas las fauces espirituales, resquebrajada de sequía el alma y casi en la agonía del nihilismo, he tenido que escarbar el suelo del desierto hasta desangrarme las manos y dar con el manantial que corriendo bajo tierra preservó su pureza y su frescura, y echarme de bruces a beber de él. ¡Vale más calor oscuro que luz fría!

Perdóneme usted, amigo Oller, este desahogo, pero con él verá que sigo en el fondo siendo aquel mismo joven a quien conoció usted en Bilbao, que rompía la costra y se dejaba rebasar. El cuerdo mismo de aquel día en que tanto me espontanée, va unido al recuerdo del pobre Coll, muerto joven, y del trágico fin del pobre Delmás, víctima inocente de las locuras sociales. Ya ve usted cómo en medio del recuerdo de nuestro conocimiento hay tristezas. Pero ni debo ni quiero dejarme de llevar por estas cosas, y menos en una carta de desahogo como ésta.

He lamentado tanto el espíritu de feroz aislamiento que en España priva y tanto he predicado porque se establezca entre literatos, artistas y pensadores verdadero espíritu de solidaridad, que creo un deber mío no dejar estéril ningún conocimiento que me pueda ser fecundo. Y el de usted puede sérmelo como pocos.

Salude a su hija, a la que deseo todo género de prosperidades. Supongo guardará aún aquel seco ramo que recogió al pie del castillote de Arteaga.

Deseo vivamente que si en las vicisitudes de la suerte nos volviéramos a encontrar, se renueve aquella dulce familiaridad con que pasamos aquel día.

Sepa, señor Oller, que le estimo muy de veras, y que pido a Dios le dé salud, luz y paz; su afectísimo amigo y servidor

Miguel de Unamuno

Salamanca, 17 de enero de 1898.

II

Sr. D. Narciso Oller

Mi muy estimado amigo:

Supongo en su poder ya mi novela *Paz en la guerra* que hice se la remitiesen. Es la labor de años y excepto la forma externa, que reconozco es descuidada *a ratos,* está pensada y hecha con calma. No quiero hablarle de ella, puesto que la leerá, pero es mucho lo que podría escribir acerca de mi manera de ver la novela y de como a medida que se hace ésta más documentada, es decir, *más histórica,* se hace la historia más imaginada, es decir, más novelesca. Zola y Taine marcan en Francia el proceso a la futura función de la novela y la historia. Mi novela es tanto como novela histórica, historia novelada.

Un ruego ahora. Desearía que usted, verdadero maestro en la novela, me confiase la impresión que mi trabajo le produzca y sin dirigirle el inútil ruego de que me sea del todo franco —pues sé lo será— desearía que recalcase en los defectos que le encuentre y me indique todo aquello de que crea debo corregirme. Se lo agradeceré.

He recibido *Figura y paisatge,* algunos de cuyos artículos conocía ya. Y puesto que me ofrece sus obras que no conozco, aprovechando la generosa oferta, le diré que lo que de usted mejor conozco y poseo son las novelas (en *La papallona* empecé a estudiar el catalán), que he admirado de veras. De *Notes de color* y *De tots colors* conozco algo, no todo, y me será gratísimo que me los envíe.

Tomo nota de su ofrecimiento de ayudarme con consejos para cuando emprenda, con las numerosas notas que tengo ya tomadas, mi estudio sobre la literatura catalana contemporánea. Acudiré a usted. He tomado notas e impresiones de usted, de Guimerá, Pitarra, Verdaguer, Bosch de la Trinxeria, Yxart, Rahola, Rusiñol, Pin, Maragall, Mateu, Guanyabens, Claudi Planas, Massó i Torrents, Apeles Mestres, y otros varios.

Su disculpa de escribir poco me parece en parte infundada. Usted tiene siempre que decir cosas vistas y sentidas, tiernas, de íntima sencillez y de gran sobriedad, tiene siempre que darnos pedazos de realidad palpitante que enseña por sí misma más que cien disertaciones.

Respecto a lo que me dice de lo rebuscados, extravagantes e incompletos que le parecen los moldes que la nueva generación ofrece estoy, en lo esencial, conforme con usted. Mi opinión acerca de esto la doy con alguna precisión en un artículo que con pretexto de las *Oraciones* de Rusiñol he remitido a «La Epoca». Allí, si usted lo lee, verá lo que de bueno y de malo me parece hay en estos decadentismos y extravagancias, necesaria fermentación para el vino futuro. Lo peor que tienen ciertos modernistas en su exclusivismo y la injustificada dureza con que condenan por simples hermosuras de clásica sencillez. En lo que no me cabe duda en que es preferible ese hormigueo de extravagancias de la juventud de ahí, con su *snobismo* y sus modernisterías todas, al tremendo empantanamiento de Madrid, que no es otra cosa —y perdone que aquí reproduzca algo que he publicado— que una charca de ranas de donde se desprenden miasmas palúdicas que producen perlesía espiritual.

Lo que noto en la juventud literaria catalana —y sobre todo en Rusiñol— sobra de

afrancesamiento o más bien aparisianizamiento. Hasta la lengua, tan sonora por lo demás, de Rusiñol me parece afrancesada.

Me parece sería mejor se inspirasen en la literatura provenzal y aún en la italiana, pues creo que el catalán más se parece harto al resto de los españoles que al francés del norte y del centro. Es mi tema este de que en España se estudia poco inglés y alemán, y lo europeo todo se nos viene a través de París, seleccionado, escogido y no pocas veces estropeado.

A Perés le he escrito más de una vez que él, con su conocimiento directo de la literatura inglesa puede hacernos mucho favor. En general la literatura española (y la catalana) se parece más por su fondo a la inglesa que a la francesa. Somos como los ingleses serios, nos repugna la *pose*, y allá, por dentro, algo tenemos cuáqueros (yo mucho). Nuestro realismo se parece más al realismo inglés que al francés. En algún sitio he escrito que entre el carácter catalán y el escocés hallo profundas analogías (por algo arraigó ahí con Llorens y Milá el escocesismo en que se educó Menéndez Pelayo) y añado que los catalanes son algo así como escoceses meridionales, con las transformaciones que el clima y el cielo imprimen. Su malogrado primo de usted, Yxart, era un crítico de verdadera índole escocesa por su parsimonia, su equilibrio, su *common sense*, su moderación sobria y su serenidad de juicio.

Sigo con mis múltiples trabajos llevándolos a cabo poco a poco en esta calma ambiente. Como de descanso me sirve el tomar notas para unos grabados y viñetas con que voy a ilustrar un libro de mi amigo Barco, *Campos de Castilla.*

Hasta otra.

Salude a los amigos en que en mi anterior le hablaba. Jamás olvidaré que es de ahí, de Barcelona, de donde he recibido mayores y más espontáneas muestras de aprecio, de consideración y de simpatía. A todos les estoy agradecido y puede asegurar que el estímulo mayor que para proseguir mi carrera literaria recibo lo recibo de esa ciudad donde tanto culto se rinde al arte y a las bellas artes.

A su hija María salúdela de mi parte, haciéndole saber cómo recuerdo el agradable día que nos dieron ustedes. Que Dios la haga feliz.

Y usted, amigo Oller, sabe que siempre encontrará abierto el corazón, corazón de vasco, de su admirador y amigo

Miguel de Unamuno

Salamanca, 6 de febrero de 1898.

III

Sr. D. Narciso Oller
Barcelona

Querido amigo: recibí hace unos días su última novela *La bogeria* y así que he vuelto del campo donde pasé dos, me la leí de dos tirones.

Sin perjuicio de aprovechar las notas que su lectura me ha sugerido para cuando le dedique la parte que le corresponde en el trabajo (será todo un libro) que acerca de la actual literatura catalana hace tiempo preparo, voy a hacer un artículo crítico sobre *La bogeria,* artículo que remitiré a *La Epoca,* a *El Liberal* o a *El Imparcial.*

Le encuentro, como a todo lo de usted, las cualidades que más atractiva hacen la lectura de sus obras, una gran transparencia y claridad, nada de quintaesenciamientos ni simbolismos, una envidiable sobriedad y firmeza en descripciones y robusta rapidez en el desarrollo del asunto.

Todo arte de una pieza, sin digresiones ni pendejos. Es una preciosa *nouvelle,* mejor aún que *roman.*

Yo, que he conocido a un loco parecidísimo a Serrallonga, creo poder juzgar de la exactitud de su retrato. Es, en efecto, de una gran verdad eso de que a la locura se siente honda repulsión y no se quiere creer en ella, como es muy triste verdad que todos contribuimos a rematar al loco, *fomentándolo* como dicen en Andalucía. *Deu 'ns perdoni a tots.*

Es escantadora en su concisa sobriedad la breve pintura de la luna de miel del que cuenta el relato con Matilde, y es un cuadro de vigorosa realidad el del efecto que en el pobre niño causa el cadáver de su padre.

¡Podría decir de esto tanto, yo que he sufrido la obsesión de la muerte y que vivo de las impresiones de mi niñez! El final es tremendo, de un tragi-cómico vigorosísimo.

Mi enhorabuena, en fin, y no sigo hablándole de su libro porque espero a que usted vea lo que en el artículo que le dedique haya de decir. Usted representa, a mi juicio, con Guimerá y Verdaguer y algún otro, lo más genuinamente catalán, pues entre los jóvenes escritores catalanes, algunos de verdadero mérito (Maragall, Rusiñol, Guanyabens, Iglesias, Aladern, Matheu, Planas, etc.) se observa mucho de influencia extrangera no siempre bien asimilada. Y aun Verdaguer, el gran Verdaguer (el autor de *La arpa,* que me la sé de memoria) tiene mucho de castellano, recuerda a Zorrilla. Los más genuinamente catalanes por la concisión, la transparencia, la fuerza y el relieve sobrio son usted y Guimerá, no bien conocido éste por aquí, donde apenas se han traducido sus hermosas poesías líricas.

En *La bogeria* se ve que se mantiene usted firme. Es un relato que no se puede dejar una vez comenzado; de los que más me gustan de usted, conociendo como conozco casi todos, excepto *L'Escanyapobres,* que no tardaré en leer.

Celebro que siga usted trabajando así.

Tampoco yo estoy desocupado pero me entretienen asuntos muy diversos, muchos *pro pane lucrando.* Hay que ingeniarse teniendo ya cuatro hijos *in actu,* 1 *in fieri* y n-5 *in potentia.* A pesar de todo sigo conservando el humor y la traza que tenía cuando usted me conoció y hicimos aquella deliciosa excursión por la tierra de mi noviaje, por Guernica, donde tomé mujer.

Para distraer tristezas íntimas he vuelto a mis estudios de lingüística románica o de las lenguas neo-latinas, que es mi especialidad técnica. Me preparo para hacer oposiciones a la cátedra de esa asignatura (recién creada) de Madrid, y preparo mi *Vida del romancero castellano: Ensayo de biología lingüística.* El catalán me es de mucha ayuda. Mas aunque proyecto ir a Madrid es fácil que si se me ofrece ocasión de ir a esa lo prefiera. Es ahí, en Barcelona, donde mejores relaciones tengo, es ahí donde han hallado un eco más simpático mis trabajos y es ahí donde el movimiento intelectual y artístico es más de mi agrado.

He terminado también un drama en prosa, en tres actos, al que no sé si titularé *Paz de muerte* o *Ante la nada,* cristalización de terribles combates interiores porque he pasado, y a los que creo haber logrado dar exteriorización clara en un argumento dramático. Se trata de un agitador político-social que oscila entre el amor a la gloria y el atractivo de la vida de lucha y el ansia de paz interior, de quietud, queriendo creer sin lograrlo y obsesionado ante la idea de la nada de ultratumba (Joaquín —Hay que proponerse en la vida algún fin... Angel —Para qué, si el universo no lo entiende? Joaquín —Para dárselo!). Su mujer le impele a la acción pidiéndole gloria ya que no tienen hijos. Pero él, después de un triunfo, en una de sus murrias, deshace su posición con una carta, que es la quema de naves. Esto y sus asperezas de hombre que sufre, hacen que le dejen su mujer y sus amigos y que, abandonado y solo, se refugie en casa del único que le queda, donde el día en que la revolución estalla va una turba y tratándole de traidor le hieren de muerte. A su agonía llegan mujer y amigos y muere en brazos de aquélla y rodeado de éstos pidiendo paz. Como usted comprenderá bien lo esencial no es el argumento, sino su desarrollo, los episodios y el curso de las ideas. Me temo que resulta apretado de contenido, porque he trabajado mucho en que sea todo significativo y en escribir la materia puramente conjuntiva en lo posible. He procurado darle la mayor trasparencia y claridad posibles.

En estas dos cualidades, así como en concisión y concentración, supera mucho a mi *Paz en la guerra,* en que a las veces me dejé llevar a análisis un poco sutiles y que recargué de accesorios. Es obra más de una pieza y más madura, y tan estudiada, ya que no más. En forma exterior creo haber ganado. En fin, allá veremos, mas aliento cierta esperanza de que si no es un éxito *teatral,* no será un fracaso *literario.* Mi amigo el poeta portugués Guerra Junqueiro me aconsejaba que lo hiciese traducir al francés y representar en París. Es para mí fuerte cosa.

Fuera de esto preparo alguna colección de trabajos breves.

Deseo salude usted ante todo en mi nombre a su hija, que conservará sin duda aquella planta que recogió al pie del palacio de Arteaga. Hágale presente mi afectuoso recuerdo. Salude también, si les viese, a aquellos de mis amigos a quienes conozca. A todos les debo atenciones (No hay más remedio: tengo que ir a dar con mis huesos ahí, ya que no quiero recalar en mi Vizcaya hasta que me haga viejo, si a la vez llego, que es muy posible).

Y usted, amigo Oller, sabe que une en un solo sentimiento la admiración al escritor y la simpatía al amigo; el suyo verdadero

Miguel de Unamuno

Salamanca, 25 de enero de 1899.[54]

Adolfo Sotelo Vázquez

[54] Cartas de Unamuno a Narcís Oller. *Se encuentran en el Archivo Histórico Municipal de Barcelona (Signaturas: N.O.-I-1917/-1918/-1919). Por último, quiero expresar mi agradecimiento a mi discípula Marta Cristina por la ayuda dispensada en las pesquisas hemerográficas, y Ana Vázquez, bibliotecaria del Archivo, por su continuada amabilidad.*